

ELITES, TECNÓCRATAS Y CIUDADANÍA: HACIA UNA DEMOCRACIA DÉBIL

Carlos Gil de Gómez Pérez-Aradros

Universidad Autónoma de Madrid, Gobierno del Principado de Asturias

*Después de una era
de combates gloriosos
y de poder sin gloria,
terminan por fundirse
con la vieja clase dominante.*
R.Michels

Resumen.- La crisis económica ha generado la proliferación de un tipo de gobiernos y de dirigentes conocidos como tecnócratas. El fenómeno de las elites técnicas al frente de los destinos generales no es nuevo. Este artículo pretende conocer la evolución de este fenómeno y su encaje en las sociedades actuales.

Palabras clave.- *tecnocracia, elite, democracia, eficacia, ciencia*

Abstract.- The economic crisis has generated the proliferation of a type of governments and of leaders known as technocrats. The phenomenon of the technical elites at the head of the general destinations is not new. This article tries to know the evolution of this phenomenon and his lace in the current societies.

Keywords.- *technocracy, elite, democracy, efficiency, science*

INTRODUCCIÓN

En los últimos tiempos, más si cabe, desde la explosión de la última crisis económica que estamos sufriendo, vemos en todo tipo de medios de comunicación alusiones a los tecnócratas, la tecnocracia, los gobiernos tecnócratas.

Podría parecer que los tecnócratas hayan estado sumidos en el olvido durante décadas y que aparecen como únicos salvadores de todos nuestros males. Parece que éstos, como titulares del saber más profundo, podrán salvar la democracia, el estado de bienestar o cualquier realidad que se les encomiende solventar.

Además, el observador más suspicaz podría reflexionar sobre la paradoja de la aparición de esta “casta” en tiempos difíciles, habiendo estado “ocultos” en tiempos de bonanza económica. Como si en los buenos tiempos no se necesitaran sabios...

El caso italiano o el griego son, en el ámbito de la Unión Europea, los más evidentes pero existen otros. Lo cual nos lleva a preguntarnos por su origen, su evolución y su papel en la sociedad actual, sobre todo en el ámbito político y gubernamental.

Este análisis nos va a permitir vincularlos a la teoría de las elites para terminar demostrando que, paradójicamente, la tecnocracia y las elites se caracterizan por aspectos contrarios a los democráticos.

La paradoja vuelve a florecer. Para salvar a la democracia liberal o el paternalismo prestacional, acudimos a unos técnicos elitistas que no valoran demasiado los fines que se les encomienda mantener y fortalecer.

Podíamos leer titulares del tipo: *Los tecnócratas, gobiernos al servicio del orden mundial, Europa vende su alma a los tecnócratas, Gobiernos tecnócratas en la zona euro: ¿son la solución definitiva para sacar de la crisis a Europa?* Efectivamente, algo estaba cambiando tras la búsqueda de soluciones para la crisis por medio de mecanismos, llamémosles, ordinarios o convencionales. Estos mecanismos no eran otros que los parlamentos democráticamente constituidos...

Lo cierto es que la tecnocracia o el gobierno de los técnicos, así como la asunción del poder por unas u otras elites, ha existido desde que el mundo es mundo. Si bien, esta realidad ha seguido una evolución propia, adaptándose a cada contextos históricos.

En origen, y desde un punto de vista epistemológico, tecnocracia se vinculaba a ciencia, a progreso, e incluso al logro de la verdad. Cabe preguntarse si ahora, las nuevas minorías selectas en cuyas manos hemos encomendado nuestro futuro pretenden lograr la verdad o sólo salvar lo poco que queda de esa sociedad hedonista e hiperconsumista que tango añoramos. ¿Hasta tal punto queremos volver al origen que estamos dispuestos a edulcorar valores

clave de nuestra vida en comunidad como la justicia, la convivencia, los derechos sociales o la deliberación pública?

LA TECNOCRACIA O EL GOBIERNO DEL CONOCIMIENTO

En la antigua Grecia, el filósofo-rey platónico era aquel que, como consecuencia de sus conocimientos, debía ejercer el poder, gobernar sobre al resto. Sólo el poseedor del conocimiento, puede llegar a la verdad. Vemos como ya desde la antigüedad el saber debía ponerse al frente de los asuntos públicos, del gobierno de los hombres, al margen de otras consideraciones democráticas, totalmente ajenas, anacrónicas, en el pasado. En palabras de Platón:

Pues bien -dije-, esta imagen hay que aplicarla toda ella, ¡oh amigo Glaucón!, a lo que se ha dicho antes; hay que comparar la región revelada por medio de la vista con la vivienda-prisión, y la luz del fuego que hay en ella, con el poder del sol. En cuanto a la subida al mundo de arriba y a la contemplación de las cosas de éste, si las comparas con la ascensión del alma hasta la región inteligible no errarás con respecto a mi vislumbre, que es lo que tú deseas conocer, y que sólo la divinidad sabe si por acaso está en lo cierto. En fin, he aquí lo que a mí me parece: en el mundo inteligible lo último que se percibe, y con trabajo, es la idea del bien, pero, una vez percibida, hay que colegir que ella es la causa de todo lo recto y lo bello que hay en todas las cosas; que, mientras en el mundo visible ha engendrado la luz y al soberano de ésta, en el inteligible es ella la soberana y productora de verdad y conocimiento, y que tiene por fuerza que verla quien quiera proceder sabiamente en su vida privada o pública.

Como sabemos, la filosofía está en el origen de la política y el saber se convertía en un fin, en la verdad que debía guiar cualquier decisión pública que tuviese que tomarse. La tecnocracia, guardando las distancias temporales, tenía un componente metafísicos y constituía un fin en si mismo.

Este pensamiento perdura en el tiempo hasta que, durante los siglos XVI y XVII, los avances científicos comienzan a arrinconar, al menos en parte, los métodos puramente trascendentales. Este hecho vuelve a otorgar un importante protagonismo a la tecnocracia pero con unos matices que perduran hasta hoy y que revolucionan la concepción que hasta entonces se tenía de ella. Efectivamente, una elite debidamente preparada debería ponerse al frente de nuestro designios, pero la perspectiva cambia. La técnica y por ende, quienes la ejercen, debe constituirse en un mecanismo empírico. Esto significa el comienzo de una política más pragmática y realista (antecedente que podemos encontrar, cómo no, en autores como Maquiavelo) y una “ciencia” política que cumpla con las premisas del resto de ciencias, alejándola de las artes, para considerarla una disciplina empírica. Además, y esto no es un tema menor, ya no se considera un fin en sí mismo, sino un medio, un instrumento, necesario para acceder a unos fines eficientes, abstractos, irrefutables. Esta

revolución en el pensamiento tecnocrático se la debemos a autores como Francis Bacon, que en su obra *La Nueva Atlántida* nos muestra, simbólicamente, una sociedad utópica donde los conocimientos científicos nos muestran el camino para el buen gobierno o, al menos, sociedades ricas y prósperas.

El estudio de la naturaleza, humana o no, a través de preceptos científicos nos conduce al progreso. De un conocimiento particular podremos llegar a unas máximas generales, fruto de la práctica empírica sobre acontecimientos sociales. Esta evolución en la concepción de la tecnocracia se acerca, sin duda, a nuestra percepción actual de lo que entendemos por ella. *La Nueva Atlántida*, en su parte final, nos dice:

Para atender a las necesidades suscitadas por los empleos y oficios de nuestros ciudadanos, doce de ellos navegan hacia países extranjeros bajo la bandera de otras naciones (pues nosotros ocultamos la nuestra), trayéndonos libros, resúmenes y modelos de experimentos realizados en todas partes. A estos hombres los llamamos los Mercaderes de la Luz,

"Tres de ellos reúnen los experimentos que se encuentran en todos los libros. A éstos los llamamos los Depredadores.

"Tres reúnen los experimentos llevados a cabo en las artes mecánicas, en las ciencias liberales, y aquellas prácticas que no se incluyen en las artes. A éstos los llamamos los Hombres del Misterio.

"Tres ensayan nuevos experimentos, según lo juzgan conveniente. Los llamamos Pioneros o Mineros,

"Tres catalogan los experimentos de los cuatro grupos anteriormente enumerados en títulos y tablas, para iluminar mejor la deducción de las observaciones y axiomas extraídos de ellos. Los llamamos Compiladores.

"Tres examinan los experimentos de sus compañeros, concentrándose en el intento de deducir de ellos cosas útiles y prácticas para la vida y el conocimiento del hombre; e igualmente para sus obras, para la demostración patente de las causas, medios de adivinación natural, y el rápido y claro descubrimiento de las virtudes y partes de los cuerpos. Los llamamos Donadores o Benefactores.

"Luego, después de diversas reuniones y consultas de todos los miembros para considerar las investigaciones y síntesis realizadas en primer lugar, contamos con tres de ellos que se preocupan de supervisar y dirigir los nuevos experimentos, desde un punto de vista más elevado, y penetrando más -en la naturaleza que los anteriores. A éstos los, llamamos Lámparas.

"Otros tres ejecutan los experimentos así dirigidos, y dan cuenta a aquéllos. Los conocemos con el nombre de Inoculadores.

"Por último, tenemos tres que sintetizan los descubrimientos logrados mediante los experimentos en observaciones, axiomas y aforismos de más, amplitud. Los llamamos Intérpretes de la Naturaleza.

Posteriormente, los primeros pasos de la Revolución industrial parecen darle la razón a quienes consideraban que debían ser los científicos/técnicos los que se pusiesen al frente de la dirección de la sociedad. El socialismo utópico, más

que otras proto-ideologías, consideró un mal menor la dirección técnica de la sociedad y la economía, frente a la explotación del hombre por el hombre y a la dirección de líderes legitimados por la sangre y el abolengo.

El fin de la nobleza y el clero se justificaban, entre otros motivos, por paralizar el avance científico y técnico de la sociedad industrial, que pretendía crear una nueva estructura que superase los defectos de la anterior y permitiese gobernar a unas nuevas elites científicas legitimadas en su conocimiento técnico.

Herederos de Saint Simon, Augusto Comte se erige, seguramente, como el máximo representante del positivismo y de la tecnocracia. Ésta, no es más que una consecuencia lógica de la evolución histórica hasta la etapa positiva donde el ser humano, o mejor dicho, la razón se convierte en el verdadero fenómeno explicativo de la realidad, sin mediación divina o abstracta.

Todo es fruto de leyes naturales, aprehendibles por la razón. Por ello, este afán cientifista debe ser también el protagonista en la esfera social, equiparándolo a la esfera natural. La política, el gobierno, debe fundarse en unos principios empíricos, del mismo modo que el resto de fenómenos. Saint Simon no ilumina a este respecto:

Tres ventajas grandes y distintas nos parecen inherentes a la denominación de industrialismo.

P. ¿Cuál es la primera de dichas ventajas?

R. La denominación de industrialismo llama la atención sobre los intereses, y, por consiguiente, nos parece muy preferible a la de liberalismo, o a cualquier otra designación que no indique más que sentimientos; porque los intereses son mucho menos variables que los sentimientos.

Por ejemplo, hoy en día, un hombre nacido noble no puede ser verdaderamente liberal, salvo en el caso de que labore abiertamente en la abolición de todas las ventajas de que todavía disfruta la nobleza en cuanto a consideración, poder, o facilidad en la obtención de cargos; ahora bien, la experiencia nos ha probado que un muy reducido número de nobles ha tenido la tenacidad suficiente para triunfar en semejante empeño. La experiencia nos ha probado que, en general, al ministerio le era muy fácil hacer entrar a nobles con reputación de liberales en la dirección ministerial; la verdad es que el número de nobles con reputación de liberales es muy elevado, y que el de los nobles verdaderamente liberales es muy exiguo. en toda la nueva nobleza no es posible hallar uno solo; por que resulta evidente que todo hombre que ha consentido en dejar crear un privilegio político en favor de su persona y de sus descendientes es un anti-liberal.

P. ¿Cuál es la segunda ventaja inherente a la denominación de industrialistas ?

R. La clase industrial es la más numerosa; por consiguiente, toda persona que se declare industrialista, hace, mediante una sola palabra, profesión de fe que

consiste en sostener los intereses de la mayoría de la nación, en contra de todos los intereses particulares.

R. En este cuaderno hemos establecido lo siguiente:

P. Decidnos, por último, cuál es vuestra tercera razón para hacer que las personas que no quieren utilizar más que medios leales, legales y pacíficos, abandonen la denominación de liberales, para adoptar la de industrialistas.

Ante todo, que a los primeros hombres, por ser muy ignorantes y estar sometidos a pasiones violentas, la ley del más fuerte les sirvió de base para las primeras organizaciones sociales, y que las naciones habían tenido que vivir bajo el régimen militar puro, que luego fue feudal, durante muchos siglos; los poderes arbitrarios concentrados en un reducido número de manos eran un mal menor que la anarquía.

A continuación, hemos establecido que la especie humana estaba destinada a ilustrarse y suavizarse por medio del comercio, a tomarle gusto al trabajo y a la producción, y entonces a dar por base a la organización social el interés común.

Por último, hemos hecho ver que la transición desde el primero de dichos sistemas políticos al segundo tuvo que provocar una crisis larga y violenta.

Ahora añadimos a tales ideas que la crisis de transición fue iniciada por las predicaciones de Lutero, y que nuestro catecismo de los industriales tiene por objeto ponerle fin.

Añado que, desde Lutero hasta nuestros días, la dirección de los espíritus ha debido ser esencialmente crítica revolucionaria, por que se trataba de derribar al gobierno feudal antes de poder laborar en el establecimiento de la organización social industrial; pero, hoy en día, la clase industrial se ha transformado en la más fuerte y el espíritu crítico y revolucionario debe extinguirse, para ser reemplazado por la tendencia pacífica y organizadora. Y es para la formación del partido político y organizador por lo que invitamos a las personas que deseen constituir un orden de cosas estable y sosegado, a tomar la denominación de industrialistas, porque dicha denominación, al mismo tiempo, indica fin y medios; fin: dar por base a la organización social el interés de la mayoría; medios; confiar a los de más importantes industriales la administración de la riqueza pública.

Efectivamente, el comienzo del siglo XX, sobre todo en EEUU, demuestra que la ciencia, aplicada a los procesos de producción había revolucionado el mundo y la sociedad como se había entendido hasta entonces. Hasta tal punto, que comienza a plantearse que sean los propios científicos los que sustituyan a los políticos, en el ámbito de lo público, y a los empresarios, en el ámbito de lo privado. El razonamiento es sencillo, si la aplicación de la ciencia a los procesos productivos ha entrañado unos logros que han revolucionado el modo de entender el mundo, por qué no aplicarlos a otros ámbitos...

El protagonismo de la tecnocracia durante la revolución industrial y sus primeros pasos no pasa desapercibido tras lo que se ha dado en llamar la sociedad post-industrial. Galbraith, partiendo de un marcado ideario marxista, considera que son los medios de producción los que condicionan los medios de gobierno. Por ello, en la sociedad post-industriales parece que debe dejarse paso a las tecnocracias como mecanismo de gobierno que mejor se adapta a estadio productivo. En palabras de Galbraith:

Dado que el poder interviene en forma tan total en una gran parte de la economía, ya no pueden los economistas distinguir entre la ciencia económica y la política, excepto por razones de conveniencia o de una evasión intelectual más deliberada. Cuando la corporación moderna adquiere poder sobre los mercados, poder en la comunidad, poder sobre el Estado, poder sobre las creencias, se convierte en un instrumento político, diferente del Estado mismo en su forma y su grado, pero no en esencia. Sostener lo contrario -negar el carácter político de la corporación moderna- no implica sólo un escape de la realidad, sino un disfraz de la misma. Las víctimas de ese disfraz son aquellos a quienes instruimos en el error. Los beneficiarios son las instituciones cuyo poder disfrazamos en la forma dicha. Que no quepa duda: la economía, tal como ahora se enseña, se convierte, aunque sea inconscientemente, en parte de un arreglo por el cual se impide que el ciudadano o el estudiante advierta, cómo es, o será, gobernado.

Esto no significa que la economía se convierta ahora en una rama de la ciencia política. Esa es una perspectiva, que con justicia debe resultarnos repelente. La ciencia política es también un cautivo de sus estereotipos, incluyendo el del control del Estado por el ciudadano. Además, mientras que la economía rinde pleitesía al pensamiento, por lo menos en principio, la ciencia política reverencia normalmente al hombre que sólo sabe lo que se hecho antes. La economía no se convierte en una parte de la ciencia política. Pero la política sí debe convertirse en parte de la economía.

Podrá temerse que en cuanto abandonemos la teoría actual, con su refinamiento intelectualmente exigente y su creciente instinto favorable a la medición, perderemos el filtro por medio del cual se separa a los académicos de los charlatanes y los oportunistas. Estos son siempre un peligro, pero más peligroso resulta quedarse en un mundo que no es real. Y según creo, nos sorprenderemos de la nueva claridad y coherencia intelectual con que vemos nuestro mundo en cuanto incluimos al poder como parte de nuestro sistema

Vemos cómo todo tiende a la ordenación racional, a la eficiencia, ya sea el mundo económico, industrial, social, político, ...

Todo se resume en la aplicación al ámbito social, por naturaleza contingente y sujeto a la causalidad, de una lógica positiva. Lejos queda identidad entre verdad y saber. Ahora, la ciencia del conocimiento nos sirve para llegar al resultado más racional, exacto, económico y eficiente.

Pero curiosamente cuando la elite tecnocrática comienza a ocupar cotas de poder se observa el desprecio que siente por la ideología, los valores y por todo aquello que no sea esclavo de la razón, alejado de los sentimientos, individuales o de clase. La discrecionalidad no tiene cabida en las decisiones políticas, todo es cuantificable y evaluable.

No obstante, la clase obrera, con su componente fuertemente ideologizado, tiende a mantener el protagonismo en los movimientos sociales y políticos durante buena parte del siglo XIX y XX, por lo que el pensamiento tecnocrático todavía no adquiere un total protagonismo. Será con el paso entre la sociedad industrial a la post-industrial, a mediados del siglo anterior, cuando las elites tecnocráticas vuelven en su máximo apogeo, como garantes de un mundo donde las ideologías defensoras del poder de la clase, la raza o cualquier otro colectivo pierden la confianza en la resolución de los problemas sociales.

Parece que la sociedad industrial no definía debidamente la realidad del momento, como consecuencia de una profunda terciarización de la economía. La clase obrera pierde protagonismo frente a un heterogéneo sector servicios, en el que todo cabe porque su definición es cada vez más etérea. Es en este contexto (pérdida del concepto de clase, individualización, descrédito político, ausencia de grandes valores) donde una pretendida asepsia decisoria, cubierta del halo de la racionalidad ausente de sentimientos, adquiere su preeminencia. El centro de trabajo ya no es el protagonista sino la universidad, el centro de conocimiento. Ya no cuenta la pertenencia a una clase determinada sino un pequeño grupo (independientemente de su origen) unido por el conocimiento técnico.

A todo esto, los enormes avances técnicos, tecnológico y de conocimiento hacen que cada vez sea más complicado, para el común de los mortales al menos, aprehender todo cuanto se puede conocer de algo. Tal es la cantidad de conocimiento que, incluso, resulta cada vez más difícil participar en los asuntos públicos. Piénsese en cualquier amante de la naturaleza, en España, ante cualquier actividad que le afecte debe tener presente diferentes texto legales (Aguas, Costas, Patrimonio, Puertos, Carreteras, Minas, Urbanismo, Patrimonio Natural y Biodiversidad, Impacto ambiental....) e infralegales sin prejuicio de los ámbitos comunitario, autonómico y local.

Por todo ello, la justificación de una elite que se encargue de los asuntos públicos, cuaja en una sociedad individualizada, apática y compleja.

Y en una sociedad cada vez más tecnologizada, más informatizada, incluso hay quien ha utilizado en nombre de cibertecnocracia. Pero a la vez, esta sociedad del conocimiento conlleva la problemática de la incapacidad de acapararlo todo. Por ello, más bien debemos hablar del desconocimiento, lo que legitima e inhabilita, a partes iguales, a los tecnócratas.

TEORÍA DE LAS ELITES. LÍDERES TÉCNICOS

No es nueva la imposibilidad de gestionar los asuntos públicos de un modo directo por parte de los ciudadanos, ejerciendo, cada uno de ellos, su parcela de soberanía directamente. Esta imposibilidad trajo consigo los gobiernos representativos, en los que se dejaba en manos de unos pocos el devenir de los muchos, de la mayoría. Si no podemos representarnos directamente, serán los representantes elegidos por nosotros los que lo hagan en las Asambleas correspondientes.

De esto modo, parece, que la esencia de la democracia, la participación en los asuntos públicos, no queda mermada.

En paralelo a esta democracia representativa van a adquirir relevancia las agrupaciones políticas, pasando a representar a clases o sectores sociales, que, aparentemente, les ceden su parcela de soberanía para que defiendan lo que individualmente no pueden hacer. Esta circunstancia acrecienta la separación entre los pocos (representantes políticos) y los muchos (la ciudadanía).

Puede parecer que se trata de un acuerdo de voluntades de los unos y los otros, un contrato en el que los representantes “dan la cara” para que los representados tengan voz en la arena política.

Pero el sistema es más perverso de lo que parece o mejor dicho, nada es lo que parece, y todo merece una lectura distinta. Y si los representantes son los dominadores y las masas los dominados. Y si la naturaleza humana, la biología si se quiere, se cuela también en las relaciones políticas, resumiéndola en una lucha por el poder y la dominación de los demás. Lo vemos con frecuencia. Los políticos alteran su programa político, vínculo entre elector y elegido, pero no suelen estar dispuestos a ceder sus cotas de poder dentro del partido ni de la esfera política. Si nos representan y les votamos por sus programas electorales, ¿tiene alguna repercusión su incumplimiento a la hora de exigirles responsabilidades? Además, no solemos ser conscientes de que los políticos que llegan hasta las altas cotas del poder, han llevado a cabo una dura lucha por llegar allí, han realizado alianzas y han derrotado a sus oponentes, aquellos (dentro y fuera del partido) que pone en peligro su supervivencia, su cota de poder.

Autores como Michels ya nos ponían en alerta de estas circunstancias pero tal vez fuese Schumpeter el más afinado observador de los efectos que esta lucha política tiene en la democracia. Según él, no se puede hablar de un verdadero modelo normativo de la democracia, si se entiende por ella participación en los asuntos públicos, voluntad general o interés público. La democracia, más bien, se ha convertido (si es que no lo ha sido siempre) tras el advenimiento de los partidos políticos, en una simple elección de alternativas políticas, de líderes. Por ello, la democracia no es otra cosa que el gobierno de las elites. Todo proceso social o biológico o político implica liderazgo. Implica que los más fuertes, dentro de las organizaciones protagonistas del modelo democrático,

acceden al poder y tratan de perpetuarse, eliminando, si hace falta, al oponente, dentro o fuera del partido. R. Michels en su obra *Los partidos políticos* nos advierte:

El liderazgo es un fenómeno necesario en toda forma de vida social. En consecuencia, no es tarea científica inquirir si este fenómeno es bueno o malo, o más bien bueno que malo. Pero tiene gran valor científico demostrar que todo sistema de liderazgo es incompatible con los postulados más esenciales de la democracia.

[...]

En un principio, los líderes surgen espontáneamente; sus funciones son accesorias y gratuitas. Pronto, sin embargo, se hacen líderes profesionales y en esta segunda etapa del desarrollo son estables e inamovibles.

[...]

La inmadurez objetiva de la masa no es un fenómeno meramente transitorio que desaparece con el progreso de la democratización.

[...]

El hombre como individuo está por naturaleza predestinado a ser guiado.

Y más aún, J.A. Schumpeter en su obra *Capitalismo, socialismo y democracia* nos aclara que:

En primer lugar, no hay tal bien común, unívocamente determinado, en el que todo el mundo pueda estar de acuerdo o pueda hacersele estar de acuerdo en virtud de una argumentación racional.

[...]

En particular, subsiste todavía la necesidad práctica de atribuir a la voluntad del individuo una independencia y calidad racional que son completamente irreales. Si pretendemos sostener que la voluntad de los ciudadanos constituye per se un factor político estamos obligados a respetar, primero es preciso que exista esta voluntad.

[...]

....la democracia no significa ni puede significar que el pueblo gobierna efectivamente, en ninguno de los sentidos evidentes de las expresiones "pueblo" y "gobernar". La democracia significa tan sólo que el pueblo tiene la oportunidad de aceptar o rechazar los hombres que han de gobernarle. Pero como el pueblo puede decidir esto también por medios no democráticos en absoluto, hemos tenido que estrechar nuestra definición añadiendo otro criterio identificador del modelo democrático, a saber: la libre competencia entre los pretendientes al caudillaje por el voto del electorado. Ahora puede expresarse un aspecto de este criterio diciendo que la democracia es el gobierno del político.

Por todo ello, bien podemos hablar de un verdadero fin de las ideologías, cuando lo que importa no es la idea sino el acceso al poder, al margen de toda consideración. Pero lo cierto es que las ideologías han sido manipuladas por

los partidos, sobre todo por los partidos únicos, más bien moldeadas para que sus líderes pudiesen sentirse cómodos, justificar sus actos y exterminar a sus oponentes, reitero, dentro y fuera del partido. Las purgas (más o menos sangrientas) dentro del propio aparato del partido han sido algo habitual. De hecho se solía ver a los oponentes fuera de las fronteras o en la lejanía, pero a los verdaderos enemigos se les tenía cerca. Esta paranoia no buscaba otra cosa que la permanencia en la cúspide del partido y del sistema.

Así las cosas, si difícilmente podemos hablar de democracia fuerte mucho menos podemos hacerlo de democracia dentro de los partidos. Ahí más que en ningún sitio la adicción al líder acaba con el debate, las opiniones o las alternativas. Y curiosamente, en tiempos de crisis se recurre con más intensidad al líder, al técnico, para que tome decisiones sin mayores miramientos, amparados en mayorías electorales o en imposibilidades del sistema.

Los partidos han contribuido a la democratización de los sistemas políticos, pero una vez asentado, ponen su empeño en mantenerse en el poder, aunque para ello, abandonen una concepción fuerte de la democracia. Podría decirse que los vicios privados (acceso y mantenimiento en el poder) conllevan virtudes públicas (hacer más democráticas la sociedad, aumentar la participación, ...). Digamos que los partidos políticos, o mejor dicho, las elites encuentran en la democracia su tablero de juegos. De no existir, no podrían alternarse en el poder pero existiendo les permite perdurar y *fundirse con la vieja clase dominante*, como nos advierte Michels.

Haciendo alusión a Félix Ovejero, podríamos encontrar una lucha oculta entre el bien y el mal; entre la democracia deliberativa y la democracia de competencia; entre la virtud, el diálogo y la verdad y el egoísmo, el liderazgo y la eficacia. No obstante, ni la primera es tan virtuosa como se quiere ver, ni la segunda tan racional como se ha predicado.

Por su parte, los ciudadanos, *electores periódicos de elites* (la cursiva es mía), tampoco parecen comportarse del modo más racional, eficiente, económico o incluso ético, posible. Efectivamente, los ciudadanos en sus elecciones públicas, también rompen con el modelo, a priori, lógico, cuando condicionan sus decisiones a criterios estratégicos y no "coherentes". Sus decisiones son previas a un cálculo preciso de los efectos (previsibles) que sus decisiones tendrán en un futuro más o menos cercano. Estamos ante la conocida *teoría de juegos* aplicada por Neumann y Morgenstern y profundizada, en el concreto ámbito de la cooperación forzosa por autores como Taylor.

Además existen los llamados *costes de transacción* (R. Coase), costes que no están dispuestos a asumir los ciudadanos y que por ello son de obligada prestación por parte de los poderes públicos. Es muy habitual escuchar voces que demandan más participación, más acción democrática, más deliberación, más control ciudadano de los asuntos públicos, pero, curiosamente, cuando, a cambio, se exige una pequeña acción, se recurre a descargar esa labor en los políticos, la Administración, el sector público o en quien asuma esa demanda.

Vinculada a este tipo de costes se encuentra la figura del free-rider o el gorrón, que en la terminología española bien podríamos identificarla con el pícaro. Consciente o inconscientemente, disfrutan de los logros colectivos, de los resultados sociales del sistema, pero absteniéndose, por acción u omisión, de realizar cualquier tipo de esfuerzo que no les sea exigido de modo coactivo.

En definitiva, vemos cómo son los propios ciudadanos los que demandan más democracia o incluso una democracia real, pero no hacen sino relajarse en el momento en el que se les demanda algo a cambio.

CONCLUSIONES

En el análisis de los problemas sociales, y en particular, en el análisis de políticas públicas, han coexistido dos corrientes de pensamiento. Una de ellas considera que la realidad es objetiva y, en consecuencia, los problemas sociales pueden ser resueltos con la aplicación de métodos científicos y técnicos. La otra, por su parte, considera la opción subjetivista, interpretativa y pluralista.

La ideología tecnocrática, que corresponde a la opción objetiva, se funda en una concepción del método científico, de las relaciones entre ciencia y tecnología y del papel social de ésta, según la cual, es real todo aquello que es cuantificable, medible, comprobable empíricamente, y por lo tanto, investigable con los instrumentos de las ciencias exactas.

Esta concepción metodológica presenta importantes consecuencias en relación a la Democracia con mayúsculas, aquella que destila realidades como la participación, la virtud ciudadana, el buen gobierno. Efectivamente, la tecnocracia elitista tiende a desplazar a la política como ámbito donde se resuelven los problemas sociales; a rechazar las instituciones democráticas y deliberativas, por ser lentas y poco eficientes; a despreciar la igualdad en la participación de las decisiones públicas, por considerar la diferente capacidad como mecanismo de acceso al poder; a olvidar los criterios éticos, frente a criterios como la eficacia, la eficiencia o la economía; a priorizar la racionalidad, de modo abstracto, como único medio de acción; en definitiva, a justificar la razón del más preparado frente al resto que debe ser guiado.

Lo cierto es que este modelo de democracia, que lo es, tiende a autodefinirse de un modo selectivo, con lo que termina sustituyendo al resto de concepciones democráticas. Fruto de realidades sociales, que ya se ha apuntado y que veremos a continuación, la democracia deliberativa (paradigma idílico por antonomasia) se termina relajando, siendo más suave, menos exigente, tal vez porque no pueda existir de otra forma. La deliberación se limita, la verdad es múltiple, la virtud es discutible... Por ello, en terminología napoleónica, debatir es de muchos (la masa ciudadana) pero decidir es de unos pocos (las elites profesionales) quedando absorbida por la concepción más realista. En

apariciencia todo parece lo que no es: una democracia deliberativa y participativa.

Son los muchos, o los todos, los que eligen a los más preparados (al menos en apariencia) por medio de unos ideales o por pura intuición. No son los sabios los que se eligen entre sí. Pero el problema es que esta decisión tiene pocas opciones, muy similares y están carentes de cualquier esfuerzo adicional.

Autores como Weber o Schumpeter sólo describen la realidad y el modelo que mejor se adapta a esta realidad (realismo normativista). Aunque podamos encontrar multitud de críticas a este modelo democrático, lo cierto es que convive tanto con el liberalismo como con el comunitarismo. Compatibiliza una escasísima intervención en la esfera privada, fomenta el individualismo y el egoísmo, con una adecuada satisfacción de los problemas sociales, reduciendo los costes públicos y generando respuestas eficaces y económicas.

Los ciudadanos maximizan su soberanía por medio del voto y las elites tecnocráticas perduran en el poder (sobre todo dentro de sus respectivos partidos), satisfaciendo las demandas sociales sin demasiadas exigencias por parte del sistema. Los vicios privados de los líderes (hacerse con el poder, perpetuarse en él) conllevan virtudes públicas (satisfacción de demandas sociales, austeridad en el manejo de los caudales públicos). Los vicios privados de los ciudadanos (poca participación política, elección pública por intereses particulares) generan virtudes públicas (respeto por decisiones públicas, participación, respeto de los recursos públicos).

Lo cierto es que la sociedad actual, caracterizada por la baja exigencia moral, por el poco esfuerzo cívico, por la búsqueda del hedonismo por medio del consumo ostentoso y la poca demanda de información, encaja con este modelo de democracia tecnocrática-competitiva, definida por la eficacia sin miramientos éticos, la escasa solicitud de esfuerzos de participación política o la asunción de asuntos otrora resueltos por medio de la deliberación.

Ya hemos advertido el afán, enfermizo en ocasiones, que tienen las elites en hacerse con el poder dentro de sus aparatos burocráticos y, más allá, con el poder político. Pero lo cierto es que, hasta cierto punto, la masa social, tal y como se comporta en esta etapa histórica, favorece, incluso legitima, este tipo modelo de toma de decisiones públicas. No existe un único bien común, ni un único interés general, ni una única verdad en el marco de una sociedad tan plural, tan astillada, como menciona Jacobo Muñoz. Más bien, encontramos una multitud de valores contrapuestos que buscan su imposición o, al menos, su supervivencia, sin pretender un terreno neutro, aceptado y aceptable por todos. Unido al narcisismo imperante, la realidad se concreta en unos grandes almacenes donde se compra y se vende cualquier tipo de verdad, virtud o principio. Lo moral da paso a lo eficaz y lo legal, a la lógica del proceso medido y comprobado, a las herramientas frente a fines éticos.

Todo ello es un excelente caldo de cultivo para que florezcan este tipo de gobiernos, profesionales, elitistas y tecnócratas, que guíen a sociedades narcisistas, nihilistas, consumistas y despreocupadas.

OBRAS CONSULTADAS

(2000) PLATON, *La república; Diálogos*, Edimat, Madrid.

(1964) BACON, Francis; *Nueva Atlántida*, traducción del inglés y prólogo de Luis Rodríguez Aranda, 2ª ed., Buenos Aires [etc.] : Aguilar Argentina.

(1994) COASE, R.H.; *La empresa, el mercado y la ley*, Alianza, Madrid.

(1994) VENTZEL, E.S.; *Elementos de la teoría de los juegos*, Rubiños, Madrid.

(1984) SCHUMPETER, JOSEPH A.; *Capitalismo, socialismo y democracia*, Folia, Barcelona.

(1979) MICHELS, ROBERT; *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Amorrortu Editoriales, S.A., Buenos Aires.

(1988) CLAUDE HENRY COMTE DE SAINT SIMON *El liberalismo y el industrialismo*, PRI, Secretaría de Información y Propaganda, Subsecretaría de Publicaciones, México.

(1972) GALBRAITH, JOHN KENNETH; *El poder y el economista útil*, Alocución presidencial ante la octogésima quinta reunión de la Asociación Económica Norteamericana, Toronto, Canadá, diciembre 29 de 1972. En el Trimestre Económico México, Fondo de Cultura Económica. Con omisiones. Versión al castellano de Eduardo L. Juárez.

(1997) ORTEGA Y GASSET, J.; *La rebelión de las masas*, Espasa-Calpe, Madrid.

(2006) GUERRERO, OMAR; *La tecnocracia o el fin de la política*, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, Mexico.

(2009) BREY, Antoni, INNERARITY, Daniel, Goncal, MAYOS, *La sociedad de la ignorancia y otros ensayos*, Ed. Zero Factory, Barcelona.

(2012) Félix Ovejero; *Democracia ideal y política real. Las razones de los indignados*, Claves de razón práctica nº 220

(2012) Jacobo Muñoz; *¿Vivimos en una sociedad posmoral?*, Claves de razón práctica nº 220.